



Desgracia

Por Dolores Loaiza Alemany (Pliego Suelto, 2012)

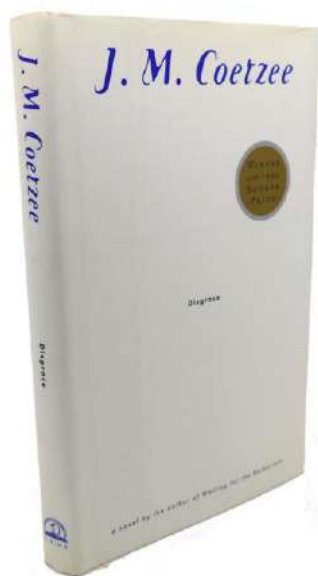
Pocos autores tienen la virtud de dejar ese sabor amargo en las líneas finales, que continúan resonando por un tiempo después de la lectura y al cabo del cual cuesta situarse en la realidad. Esta especie de estupefacción es la que me traspasa al leer la novela de J. M. Coetzee, *Desgracia*, del original en inglés, *Disgrace* (1999), publicada cuatro años antes de ser galardonado con el Nobel de Literatura. El universo coetziano está plagado de crítica y rechazo por las convenciones sociales, sobre todo las de épocas pasadas. La novela mencionada está ambientada en la Sudáfrica post-apartheid, en los años en que la extrema oposición al gobierno hacía mella para que lentamente se viera obligado a cambiar su perspectiva global. El objetivo de la oposición consistía en promulgar nuevas leyes flexibles y mucho más igualitarias para la población negra de lo que habían sido los últimos cuarenta años. No resulta irrelevante la tapa del libro, en blanco y negro, anticipando la tesitura del conflicto histórico.

Coetzee elabora con lenguaje claro, sencillo y entretenido la historia de su protagonista: David Lurie, un profesor de Literatura en la Universidad de Ciudad del Cabo. Hombre de 52 años que no logra apasionarse por la enseñanza, al punto que sus clases le parecen un mero trámite, cuyos alumnos se sitúan lejos de su capacidad de comunicarles de forma eficaz. El protagonista es capaz de aprender en el intento, pero no cree lo mismo de ellos. Divorciado en dos ocasiones, y en un marco conservador de la sociedad sudafricana y de su entorno universitario, el sexo es



Tertulias Literarias

su único aliciente, obsesión que le hace preferir un tipo de chica prototípica. Al comienzo de la novela frecuenta a una prostituta de origen árabe. Al abandonar esta relación, una alumna de su clase cautiva su atención, y pronto iniciará un acalorado romance, hecho que saltará a la luz como escándalo en el seno universitario y que trascenderá a los medios. Lurie es puesto en el banquillo. Sorpresivamente, no se defiende, quizás por temor a perder su integridad por completo. Como consecuencia de esto lo destituyen del cargo. Dispuesto a cambiar de vida, emprende un viaje al interior del país con el fin de visitar a su hija Lucy quien regenta una granja.



En la obra de Coetzee vemos reflejados con gran maestría las consecuencias de los conflictos raciales. A principios de los noventa se votaba el desmantelamiento de las leyes del Apartheid. Cuando Sudáfrica intenta recuperarse de este oscuro bache social, los habitantes sufren como resultado de esos grandes desajustes. Lucy reside junto a un vecino autóctono llamado Petrus. En tierras asignadas hasta aquel entonces a las viviendas de la población negra, Lucy se enfrenta al maltrato, producto de todo un pasado prolongado de discriminación social. La granja de Lucy es saqueada, sus perros asesinados y ella violada por un grupo de jóvenes, presuntamente negros. Uno de los agresores es familiar de Petrus. A Lurie intentan quemarlo vivo pero finalmente logra salvarse. Esto desencadena la tragedia que enmarca la novela, el punto de inflexión y de no retorno.

A partir de ese episodio trágico, la novela escenifica una caída en picado de las vidas de Lurie y de su hija. Lucy se entrega completamente a su destino, tragando el miedo y la indignidad. No puede pensar con claridad y tampoco se pone de acuerdo con su padre. Las relaciones entre ellos se degeneran. Los personajes entran en un derrotero espeso en el que sus vidas se hundieren irremediabilmente. No se corrompen porque ya el medio lo ha hecho por ellos.

Petrus, representante de la raza negra, es la simbología de la ambigüedad entre un vecino solidario y una persona que apoya a su pueblo, tan perseguido y segregado sistemáticamente, protegiendo a uno de los agresores, que resulta ser familiar suyo. La ambigüedad radica en que, por un lado, Petrus le ofrece a Lucy protección como buen vecino, pero también apoya al joven malhechor, alejándolo de las amenazas de Lurie, quien debe tragarse el orgullo herido viendo cómo se pasea el agresor libremente por la granja vecina sin ser debidamente castigado por su delito. El protagonista pierde el gusto por la vida, lentamente se desmorona. Siente que no atrae a las mujeres que él prefiere, que su hija no lo necesita. Está solo y en un oficio nada agradable. Su trabajo consiste en embolsar y cremar a los perros muertos de una perrera que no han sido adoptados.



Tertulias Literarias

No pasa desapercibido el papel secundario de la madre de Lucy, personaje que aparece someramente en una conversación con Lurie y que no forma parte activa en sus vidas. Sin embargo, le habla a Lurie con sensatez, advirtiéndole que ya no tiene las riendas firmes de su vida.

Hacia el final de la novela vemos a un Lurie demolido. Se percibe viejo a pesar de que aún atrae a las mujeres y por otra parte no está en una edad que se pueda considerar decrepita. Se entera de que será padre de un hijo bastardo, producto del odio interracial. Su último contacto con el sexo opuesto es con una mujer que no le atrae. Busca su cariño, probablemente como signo de que se va decantando por la compañía serena y expectante para renunciar al calor de un cuerpo sensual. Convive con personas a las que no entiende y de las cuales desconfía. Encuentra la amistad y el desahogo en un perro al que finalmente no duda en matar, pero al que mata en último lugar. No encuentra ningún aliciente para su vida. Y por ello se vuelca a la fantasía de componer una opereta que no sabemos si logrará concluir. De esta forma, el lirismo es lo único que puede elevarlo en un mundo de incomprensión y venganza.

Fonte: <http://www.pliegosuelto.com/?p=703>



Después de la tormenta: violación y colonialismo en *Desgracia* de Coetzee

Veinte años después de su publicación, la novela del sudafricano es una muestra del poder visionario de ciertos textos y su pertinencia a pesar del tiempo.

Por Sara Mesa (Letras Libres, 2019)

Releer es mucho más que volver a leer. Releer es un proceso de revisión revelador, tanto más útil y deslumbrante si el libro al que se regresa cuenta con un valor literario de largo espectro. Si leer supone tender, de manera inconsciente e inevitable, hilos que atan la palabra escrita al momento de la lectura, desde las circunstancias personales de quien lee a las coordenadas sociales, políticas y económicas del momento, releer conlleva el reajuste, la recolocación del texto en una nueva estructura espacio-temporal.

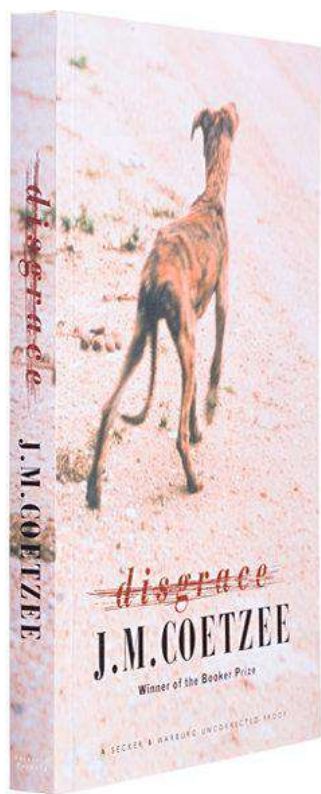
A veces la relectura saca a la luz elementos ideológicos indetectables en una primera lectura, camuflados por eso que se llama “el aire del tiempo” (o más justamente, la ideología invisible). En ocasiones, las relecturas muestran que lo que pareció innovador y transgresor en su momento no lo era tanto; en otras, por el contrario, hacen aflorar el poder visionario de ciertos textos, su pertinencia actual a pesar del tiempo.

Así sucede con *Desgracia* (1999, publicación en español en Random House, 2000, traducción de Miguel Martínez-Lage), probablemente la mejor novela de J. M. Coetzee, libro que, a los veinte años de su aparición, sigue siendo pasto de interpretaciones y debates nunca cerrados. Toda la obra del nobel sudafricano, en realidad, está rodeada de una ambigüedad que se acentúa debido a la ausencia de entrevistas y claves interpretativas por parte del propio autor, que en su



Tertulias Literarias

confianza en el poder del propio texto alienta, significativamente, su misterio. “Si un libro no habla por sí mismo es un fracaso, el autor no envía nada al mundo, tendría que callarse”, sentenciaba hace poco con motivo de la publicación de *Siete cuentos morales* (Random House, 2018). En el caso de *Desgracia*, el peso de la historia, la trascendencia de la especie sobre el individuo –tanto en lo referido al ser humano como a los animales–, la incapacidad de la erudición ante algunas formas de lenguaje primitivas, el alma y su salvación, son algunos de los temas que vertebran la caída en picado de David Lurie, profesor universitario de Ciudad del Cabo que ha sido expedientado por un escándalo sexual. Sobre todos estos temas, de manera constante, planea el motivo de la violación, una cuestión, como es sabido, actualmente en proceso de revisión y redefinición. Así pues, ¿cómo leer hoy la o las violaciones que aparecen en *Desgracia*?



David Lurie es acusado por un comité universitario de un acto indisciplinario por haber mantenido relaciones sexuales con una alumna. La chica es mayor de edad, pero el comité sobreentiende que ha existido coacción y abuso de poder por parte de Lurie. ¿Es esto cierto o es una artimaña de la chica para dañar al profesor? Hay que leer entre líneas, pues, a pesar del uso de la tercera persona, el relato de los hechos se presenta desde el punto de vista del protagonista, no de la chica, cuyas motivaciones para interponer la queja nunca llegamos a saber, aunque es innegable el peso de una familia puritana y de un novio bravucón.

El mismo Lurie reconoce la existencia de algún tipo de acoso en su conducta, aunque, en su descargo, argumentará que sintió “el fuego del amor”. Esta metáfora, la del fuego –el incendio, la llamarada que abrasa y aturde–, la tomará de los poetas románticos que tanto ama y a los que estudia –en ese momento está escribiendo un libro sobre Lord Byron y su amante Teresa–. “Fui un simple sirviente de Eros”, dirá más adelante, expresando la tiranía del deseo sobre el hombre, cuya voluntad –y culpa–, por tanto, se atenúan. En efecto, el peso de lo sexual es importante desde la primera frase del libro: “Para ser un hombre de su edad, cincuenta y dos años y divorciado, a su juicio ha resuelto bastante bien el problema del sexo.” Se refiere a sus encuentros semanales con una prostituta a la que ha tomado cierto cariño; cuando ella desaparece de su vida, no sin que antes la persiga y trate de recuperarla, aparece en escena Melanie, la alumna.

La forma de acercamiento de Lurie a Melanie podría calificarse de acoso. Si bien es cierto que no media violencia explícita, el modo en que la invita a su casa, cómo obtiene sus datos personales, sus artimañas para cercarla –presentándose de improviso en su piso de estudiante, falsificando sus calificaciones y ocultando sus faltas de asistencia para crear en ella la sensación



Tertulias Literarias

de obligación– son claramente abusivas. La descripción de la primera relación sexual no deja entrever voluntariedad por parte de la chica, más bien una actitud pasiva de resignación, de dejarse hacer. La descripción de las ropas revela el apresuramiento del acto: “La muchacha yace bajo él con los ojos cerrados, las manos distendidas y alzadas por encima de la cabeza, el rostro levisísimamente fruncido. Él tiene sus manos bajo el áspero jersey de ella, sobre sus senos. Sus mallas y sus braguitas están hechas un lío en el suelo; él tiene los pantalones a la altura de los tobillos. Después de la tormenta, piensa: como sacado de George Grosz.”

Tras ese primer encuentro, Melanie comienza a faltar a clase, se muestra esquiva, a veces confusa. Sin embargo, Lurie sigue tendiendo la red en torno a ella, cazando. Las palabras con las que se describe el segundo encuentro también son reveladoras: “Ella no se le resiste. Lo único que hace es rehuirlo: aparta los labios, aparta los ojos. Deja que la tienda sobre la cama y la desnude [...] No es una violación, no del todo, pero es algo no obstante carente de deseo, no deseado de principio a fin. Es como si hubiera decidido distenderse, morirse mientras dure, como un conejo cuando las fauces del zorro se cierran en torno a su cuello. Como si todo lo que le haga, por así decirlo, se le hiciese lejos de sí.” No del todo una violación... Los siguientes encuentros parecen algo más consentidos, pero la actitud de la chica no siempre resulta clara. A veces llora, o desaparece. Él la busca. Luego estalla el escándalo. Fin de la historia.

Segunda parte de la novela. Defenestrado por la institución universitaria –que demuestra, por otro lado, no poco gusto por el linchamiento–, David Lurie abandona sus clases y viaja a Cabo Oriental para visitar a su hija Lucy, que vive sola en una granja. El entorno es inhóspito para una mujer sola, y el trabajo duro. Hay pocos campesinos blancos. A ella le echa una mano Petrus, un negro con quien comparte parte de las tierras –Petrus, personaje ambiguo donde los haya, le va a ir comiendo terreno poco a poco–. Lurie juzga a su hija con superioridad, desprecia su modo de vida e incluso su aspecto. Advierte que ha engordado y anticipa que engordará más en el futuro, “como una vulgar campesina”. “La última vez que vio los pechos de su hija eran los recatados capullos de rosa de una chiquilla de seis años de edad. Ahora son pechos redondos, grandes, casi lechosos”, piensa, con una mirada en la que no está exenta la sexualidad, no la suya, pero sí la de otros hombres a través de la suya. Más adelante, Lurie expresa su disgusto por las mujeres que no se cuidan.

A los pocos días de llegar, la granja es asaltada por tres hombres –dos jóvenes y un chico, todos ellos negros– que encierran a Lurie, le prenden fuego –solo resulta herido, pero la comparación con el “fuego del amor” que sentía por Melanie es tentadora– y violan a Lucy. El lector no asiste a la violación porque el mismo Lurie tampoco asiste y este escamoteo será central en la novela: “Tú no sabes lo que ha pasado”, le dirá ella con desdén, al igual que Bev Shaw, otra mujer de la zona. Esta exclusión, que humilla a Lurie, es contestada mentalmente más adelante. Quizá Lurie no puede ponerse en el lugar de la mujer, piensa, pero sí del hombre que viola: “Tú no entiendes nada, tú no estabas allí, dice Bev Shaw. Bueno, pues se equivoca. A fin de cuentas, la intuición de Lucy es correcta: si se concentra, si se pierde, puede estar allí, puede ser los hombres, puede



Tertulias Literarias

habitar en ellos, puede llenarlos con el fantasma de sí mismo. La cuestión es otra: ¿está a su alcance ser la mujer?”

Lurie no entiende por qué la hija no quiere denunciar a sus violadores. Piensa que se trata de una manera suya de equilibrar los errores históricos del pasado –la sombra, todavía visible, del apartheid–, pero se rebela ante esta decisión. Su incomprensión, la sensación de injusticia que lo asola, se parece bastante a la que tuvo cuando su alumna lo denunció: ¿por qué actúan las mujeres como actúan, tan caprichosamente?, parece pensar. Lucy cae en el mutismo. La palabra violación se convierte en tabú entre ellos, pero también en el entorno. El mismo Lurie recuerda que “de niño, tropezó con la palabra violación en algunos artículos de prensa, y que trató de conjeturar qué quería decir exactamente, extrañándose de que la letra l, habitualmente tan suave, figurase en medio de una palabra que contenía tal horror que nadie es capaz de pronunciarla en voz alta”.



Solo más adelante Lucy hablará: “Odio... Cuando se trata de los hombres y el sexo, David, ya no hay nada que me sorprenda. No lo sé; puede que, para los hombres, odiar a la mujer dé una mayor excitación al sexo en sí mismo. Tú eres hombre, tú deberías saberlo. Cuando tienes tratos carnales con una desconocida, cuando la atrapas, la sujetas con tu peso, cuando la tienes debajo de ti... ¿no es algo parecido en parte a matarla? Es como si le clavaras un cuchillo; después, sales, dejas el cuerpo cubierto de sangre... ¿No es algo parecido a un asesinato, al hecho de matarla y largarte sin que nadie te detenga por ello?”

Lucy, que supuestamente es lesbiana, interpreta el hecho como un peaje que hay que pagar por vivir donde vive, ese territorio donde todavía se puede oler la sangre derramada por la historia reciente: “¿Y si ese fuera el precio que hay que pagar por quedarse? Tal vez ellos lo vean de este modo; tal vez también yo deba ver las cosas de este modo. Ellos me ven como si yo les debiera algo. Ellos se consideran recaudadores de impuestos, cobradores de morosos. ¿Por qué se me iba a permitir vivir aquí sin pagar?”

Esta premisa, llevada al extremo, hace que Lucy acepte que los agresores vuelvan por los alrededores, que acepte dar a luz al hijo fruto de esa violación, que admita tener por vecino al chico agresor –un chico muy joven que aparenta cierto retraso, cuñado de Petrus, que lo acoge en su casa–, que consienta incluso “casarse” con Petrus para que este amplíe su hacienda a cambio de ofrecerle protección. No es algo que acepte de buen grado. En cierto modo, ella siente que ya ha muerto. Tiene miedo y es profundamente infeliz, pero esas, cree, son las reglas del juego.



Tertulias Literarias

Todo esto resulta incomprensible para David Lurie, pero también para nosotros, los lectores. Las razones de Lucy –una sola opresión concreta compensa una amalgama de opresiones previas– han sido objeto de debate por parte de la crítica literaria, que consideró esta cuestión, desde la aparición de la novela, nuclear para su interpretación. Y sin duda lo es, pero ¿qué hay de la inocencia o la culpabilidad del propio Lurie? ¿No hay una misma raíz en los hechos que padece la hija y los que él ha cometido en el pasado? Asiduo a la prostitución –en otra escena lo veremos con una chica pobre, de apenas dieciocho años, a la que recoge de la carretera–, “sus mujeres” también son presas de un sistema aberrante. ¿Está pagando sus pecados a través del sufrimiento de su hija? Esta lectura no supone una tergiversación del texto a la luz de las circunstancias actuales. Claramente subyace en la estructura de la novela, en la gradación de su intensidad. La violación de Lucy no es la única que aparece en el libro; la cuestión es quién viola, quién es violado y cuáles son sus razones para hacerlo; quién tiene el poder o la legitimidad de denunciarlo y quién no. La violación adquiere un sentido de venganza y restitución, un carácter ritual, como sucede en las guerras.

En este sentido, la aparición del sufrimiento de los animales –una constante, como es sabido, en la obra de Coetzee–, la crueldad de su sacrificio, no es en *Desgracia* una casualidad, ni un tema secundario. Petrus hace una fiesta y sacrifica dos cabras persas, ritual que a Lurie le afectará muchísimo. Le da igual que sean esas cabras u otras, puesto que lo importante es la especie, no el individuo, pero él, que ahora se dedica a sacrificar perros abandonados, no puede soportar más exterminios. ¿Tiene el sacrificio de las cabras conexión con la imagen de la mujer violada? Sin duda: Lucy paga por otras, su capital –su cuerpo– está a libre disposición de los abusos de la historia. A Melanie, su alumna, Lurie le había dicho que su belleza no le pertenecía, que era un regalo que la naturaleza hacía al mundo, no a ella en concreto, y que por eso tenía la obligación de compartirla. Bajo este punto de vista, ¿qué pertenece y qué no a una mujer? La consideración de Lurie sobre la belleza de Melanie –que él expresa, curiosamente, como un halago– tiene una relación directa con la visión esclavista del apartheid o de cualquier otro régimen opresor: el individuo no es dueño de sí mismo, hay una parte de él –su sexualidad, su fuerza bruta o su capacidad de trabajo– que es propiedad de otros y, por tanto, puede ser explotada para el beneficio de otros. *Desgracia* es un libro cargado de violencia en el que la violación sexual adquiere un significado histórico que impregna toda la obra, no solo la de la segunda parte del libro, como habíamos creído cuando lo leímos hace veinte años. La lógica racista, elitista y colonial está presente desde la primera línea. El hombre que viola –el mismo Lurie– es un colonizador del territorio ajeno. ~

Fonte: <https://www.letraslibres.com/espana-mexico/revista/despues-la-tormenta-violacion-y-colonialismo-en-desgracia-coetzee>



Tertulias Literarias



Desgracia, de J. M. Coetzee

Por Tania Jiménez Macedo (UNAM, México)

A finales de 2003 Editorial Mondadori publicó en nuestro país *Desgracia*, la magnífica novela de J. M. Coetzee, que ya había sido lanzada al mundo hispanico por esta misma casa editorial desde el año 2000. Esta primera edición mexicana nos ofrece el gran pretexto para referirnos brevemente a uno de los grandes escritores de esta época encabalgada entre dos siglos, y a una novela necesariamente surgida de una era convulsionada, contradictoria e inestable como la que vive el hombre actual.

Nacido en Sudáfrica en 1940, Coetzee es profesor de literatura en la Universidad de Ciudad del Cabo. De unos cuantos años a la fecha ha logrado prestigio y reconocimiento mundiales con la publicación de una decena de obras narrativas: *En medio de ninguna parte* (1977); *Esperando a los bárbaros* (1980); *La vida y la época de Michael K.* (1983); *La edad de hierro* (1990), entre otras, así como de trabajos de crítica literaria: *White Writing: On the Culture of Letters in South Africa* (1988); *Stranger Shores: Literary Essays* (1986-1999), entre otros. Es de dominio público que Coetzee obtuvo en 2003 el premio Nobel de literatura, pero años antes ya había sido galardonado con otras importantes distinciones debido a la calidad literaria de sus obras, como el premio Booker que le fue otorgado en dos ocasiones (caso único en la historia de este galardón) por *La vida y la época de Michael K.* (1983), y por *Desgracia* (1999).

Alegoría trágica de la vida en la Sudáfrica posterior al Apartheid, *Desgracia* revela, a través de la mirada aguda y escéptica de su autor, las profundas paradojas de una sociedad que aún no



Tertulias Literarias

acaba de abandonar las prácticas de un sistema totalitario que ha mantenido a la población controlada y sometida mediante la violencia, la censura a las ideas, las emociones y los modos de conducta; que no ha aliviado siquiera las necesidades básicas de la gente, y que, al mismo tiempo, sigue propiciando el choque cultural de los grupos étnicos (europeos y nativos) que componen el crisol social tan heterogéneo y complejo como el que da movimiento a este país africano.

En *Desgracia*, Coetzee relata la historia de un profesor universitario de cincuenta y dos años, David Lurie, quien ha llegado a un momento culminante de su existencia, en la que se halla sumergido en una cómoda y tranquila monotonía —una suerte de vejez prematura—, cuando una serie de infortunios llega a romperla violentamente; esto habrá de afectar y cambiar la visión que tiene de sí mismo, de su entorno y sus conceptos acerca de la sexualidad, la justicia, la mujer, la paternidad y el amor. A partir de la acusación de acoso sexual de una alumna y ex amante suya, el profesor Lurie se ve expuesto a la humillación y condena pública, el despido consecuente de la institución donde trabaja y la pérdida de todas sus prestaciones como académico. Exiliado de su comunidad y del mundo urbano, Lurie emigra al campo en busca de su hija, Lucy, quien es propietaria de una pequeña granja de hortalizas y de un asilo de perros.

Allí habrá de enfrentar una violencia más atroz que la de la ciudad y, como dice Carlos Fuentes,

“a un silencio peor que el de cualquier censura académica o política”.

La novela muestra una estructura dialéctica, y a través de ella el autor plantea el enfrentamiento de dos mundos polarizados, la ciudad y el campo, cuyos habitantes parecen ostentar formas de pensamiento y de conducta completamente opuestas. Civilización y barbarie, vida intelectual y vida rústica, Europa y África conviviendo y desviviéndose en un solo ámbito en el que el otro, cualquier otro, blanco o negro, es el enemigo. No obstante, las criaturas que habitan estos mundos tan distintos, paradójicamente son iguales en esencia: complejas y contradictorias, sumidas en el mismo vacío existencial y presas de una soledad lacerante. Los personajes son seres agresivos y desconfiados, incapaces de comunicarse con sus semejantes; por eso no es extraño que estos seres aislados, rodeados de un mar de silencio e incompreensión, no encuentren otra forma de romper su propia reclusión y escapar de sus miedos —y responder así a las presiones sociales que exigen, por ejemplo, ser un trabajador eficiente, un buen proveedor para la familia, una mujer que cumpla con su misión de madre, en fin, un “ejemplo social”—, más que a través de una conducta egoísta y cruel. De esta manera, la convivencia en comunidad se vuelve insoportable y llena de sucesos desagradables. Así, por un lado, el espacio universitario, representante del mundo urbano, lejos de ser el sitio máximo de las aspiraciones humanas en cuanto a libertad y civilización, un templo destinado al intercambio de ideas y de conocimientos, de formación intelectual y de proyectos para el desarrollo científico y humanístico, en fin, una fuente de desarrollo social, es paradójicamente un microcosmos que refleja el comportamiento sañudo y canibalesco de la sociedad de fuera: prevalecen las envidias



Tertulias Literarias

profesionales, las venganzas, los ajustes de cuentas, la doble moral y el dedo flamígero que acusa y condena en un sólo movimiento a aquel que se ha atrevido a desviarse del canon de conducta establecido:

Es la trituradora de las habladurías, piensa, que no para de funcionar de día ni de noche, y que hace trizas cualquier reputación. La comunidad de los rectos, de los que tienen toda la razón, celebra sesiones de cada esquina, por teléfono, a puerta cerrada. Murmullos maliciosos. Shadenfreude. Primero, la sentencia; luego ya vendrá el juicio”.



Por otro lado, en la campiña, el individuo no escapa a la misma condena de asumir alguna de las funciones que dentro de esta sociedad antropofágica se establecen para todos los miembros: ubicarse en un estamento y cumplir con una función definida y definitiva, y resignarse por ello a un destino fijo e inamovible. Lucy, la hija del profesor Lurie, luego de un brutal ataque sufrido en su propia granja, acepta su situación de mujer violada mientras encubre con su silencio a los criminales. Después de pasar por un proceso de asimilación del acto violento, ella descubre que el ultraje es el precio que ha tenido que pagar por haber sido una mujer soltera, independiente y autosuficiente en un ámbito patriarcal e intolerante en el que las funciones masculinas y femeninas aún están muy delimitadas, y el valor de la mujer sigue fundamentándose en la maternidad, y su prestigio social en una relación de codependencia con un hombre. Así, reflexiona Lucy:

[...] ¿no crees que hay otra forma de ver las cosas, David? [...] ¿Y si ese fuera el precio que hay que pagar por quedarse? Tal vez ellos lo vean de este modo; tal vez también yo deba ver las cosas de este modo. Ellos me ven como si yo les debiera algo. Ellos se consideran recaudadores de impuestos, cobradores de morosos. ¿Por qué se me iba a permitir vivir aquí sin pagar? Tal vez eso es lo que se dicen ellos.

Ante un sino tan aleroso y arbitrario, el individuo consciente y lúcido (como Lurie, como la misma Lucy) se revela y lucha, y a pesar del entorno asfixiante trata de sobrevivir a toda costa, de conservar su individualidad y seguir sus convicciones, a veces por puro instinto de conservación, aun cuando pierda pasado y honores. Esto nos lleva a los temas recurrentes en la obra de Coetzee: el individuo confrontado al propio devenir de la realidad social, el sentido de la supervivencia y una búsqueda vehemente del sentido de la existencia.

Con una prosa diáfana que fluye como el agua, a veces mansa, a veces lacerante, la novela de Coetzee es profundamente reflexiva y cuestionadora. Constantemente se interroga a sí misma,



Tertulias Literarias

pasando y repasando asuntos que el hombre de todos los tiempos no acaba de explicarse: el sentido de la justicia, las vicisitudes del existir, los vínculos entre el placer y el dolor, la soledad del individuo, los rescoldos del amor, la conciencia de la muerte.

Un tema que llama particularmente la atención en *Desgracia*, y que es poco atendido por los novelistas contemporáneos, es el de los derechos de los animales. En Coetzee, los animales no forman solamente parte del ambiente, sino que son vistos como criaturas vivas, sensibles y emocionales, propensas como los humanos al sufrimiento y al amor a causa de los vínculos afectivos que ellos —como nosotros— establecen con sus congéneres y con los mismos seres humanos. En *Desgracia*, el protagonista, en la búsqueda de hallarle un sentido a su existencia, en la compañía de los perros y en la labor eutanásica dentro de un humilde consultorio veterinario, encuentra la esencia del amor y de la compasión que había perseguido en las relaciones humanas, eróticas y familiares.

Uno por uno, él lleva primero a los gatos y luego a los perros: los viejos, los ciegos, los tullidos, los impedidos, los tarados... pero también a los jóvenes, los sanos: a todos aquellos a los que les ha llegado la hora. Uno por uno Bev los toca, les habla, los acaricia, los consuela y los despacha, y se aparta un poco a contemplar cómo sella él los restos en un sudario de plástico.

Bev y él no cruzan palabra. A estas alturas, él ha aprendido, gracias a ella, a concentrar toda su atención en el animal que van a sacrificar, a darle lo que él ya no tiene dificultad alguna en llamar por su nombre propio: amor.

Como toda novela, *Desgracia* ofrece la posibilidad de las múltiples lecturas; sin embargo, esta obra en particular es además una gran interrogante, lo que de hecho permite un diálogo permanente con el lector.

Abismal y ambigua, nos coloca en un estado de incertidumbre permanente. En ella no descubriremos ideas cerradas ni sentencias categóricas sobre las grandes verdades que el hombre ha tratado de indagar desde sus orígenes; la propuesta del autor es comenzar un camino que el lector acabará de completar. Por eso esta obra podría verse como una larga meditación de dos conciencias (autor y lector) acerca de la vida, la condición humana y la situación del individuo en un mundo cada vez más violento y deshumanizado.

Fonte: http://www.journals.unam.mx/index.php/exp_literaria/article/download/31206/28894

Para saber más:

[Coetzee: "Es inhumano lo que hacemos a los emigrantes" \(La Vanguardia, 2020\)](#)

[Página Oficial Premio Nobel \(en inglés\)](#)

*O copyright das imaxes utilizadas pertence aos/ás seus/súas respectivos/as autores/as

